

# La magia de la Novena sinfonía de Beethoven



Escuchar una sinfonía del maestro alemán es una experiencia incomparable. Así fue el momento vivido por quienes asistieron al Auditorio de Belgrano para compartir una tarde inolvidable de la mano de intérpretes talentosos.

**E**ran casi las 18.00 del domingo 22 de septiembre cuando nos comenzamos a preparar para disfrutar lo que sería una tarde inolvidable.

Escuchar las sinfonías de Beethoven no es algo novedoso, puesto que el compositor alemán las creó hace ya más de un siglo y medio, y porque han sido interpretadas por coros y orquestas de todo el mundo. Entonces, ¿qué es lo que año tras año nos impulsa a querer escuchar, por ejemplo, la *Novena sinfonía*? Tal vez sea porque no se ha compuesto otra obra de tanta majestuosidad o, quizás, es ese afán de volver a sentir la emoción y la fuerza que transmite este himno de libertad mundialmente conocido.

Por eso, fueron muchos (sin dudas, más de los que imaginábamos) los traductores y los familiares que decidieron dedicar su descanso dominical a la música. El Auditorio de Belgrano estaba repleto. Se podían sentir en el ambiente la alegría y las ansias de las

personas que aguardaban la entrada de los músicos. De repente, los aplausos se aunaron para darle la bienvenida al Ensamble Lírico Orquestal, conformado por el Coral Ensamble y la Orquesta, quienes, esa fresca y gris tarde, tendrían la difícil tarea de interpretar la *Novena sinfonía* de Beethoven.

En un silencio sepulcral, el maestro Guillermo Becerra levantó su batuta y comenzó a dirigir el primer movimiento de la obra, *Allegro ma non troppo, un poco maestoso*. El movimiento comienza con una melodía muy suave, la que va aumentando poco a poco y, en breve, se puede apreciar la potencia, el carácter tormentoso y lo heroico de esta primera parte.

A continuación, inicia el segundo movimiento, *Molto vivace, Presto*; y, a diferencia del primero, desde el comienzo, somos testigos de un ritmo abrumador e incontenible. Cada nota, cada acorde irradia una energía imponente, por lo que resulta imposible no contagiarse de



inmediato. Seguramente sea este el movimiento con mayor fuerza de toda la obra y el que plasma de forma muy evidente la genialidad de este compositor alemán. Las melodías y las armonías danzan juntas esta música que hace erizar la piel de todo el público.

Y, así, llega la calma, el descanso luego de la fiereza de los movimientos anteriores. El tercer movimiento, *Adagio molto e cantabile, Andante Moderato*, se caracteriza por su delicadeza, su suavidad y su ternura. Estos acordes nos trasladan a lo más bello de nuestros recuerdos, nos hacen pensar que la libertad y la paz son posibles, que los sueños se pueden alcanzar y que todo en esta vida se puede lograr si uno así se lo propone. La interpretación que hizo la orquesta en el Auditorio de Belgrano fue magnífica y transmitió con exactitud el mensaje que una vez Beethoven quiso plasmar. Y déjenme decirles que las lágrimas comenzaron a asomarse y a rodar por las mejillas de más de un espectador, y yo fui una de ellos; esas lágrimas reflejaban la emoción que no se podía contener ante tanta belleza y perfección musical.

Entonces, comenzamos a oír el más esperado de los movimientos, el cuarto, *Presto Allegro assai*, en el que Beethoven no escatimó en recursos. Por primera vez en la historia de la música, un compositor decidía incorporar un coro en una sinfonía. Además

de la increíble musicalidad de sus acordes, encontramos también en este movimiento ese poder y esa fuerza que supimos apreciar en el tercer movimiento, pero, a diferencia de este último, aquí Beethoven combina toda esa energía con momentos dulces y mágicos. Así, logra transmitir a la perfección el mensaje de fraternidad y hermandad del texto de Friedrich Schiller a través de la famosa *Oda a la alegría*. Tuvimos la suerte de disfrutar de las magníficas voces de los solistas María José Dulín (soprano), Lucila Mañé (mezzosoprano), Duilio Smiriglia (tenor) y Enrique Gibert Mella (barítono), que junto con el coro hicieron vibrar a todos los presentes.

Cuando el maestro Becerra realizó el conocido gesto de cierre, los aplausos cayeron como flores sobre esos talentosos músicos. La gente aplaudía de pie y gritaba sin cesar «¡Bravo, bravo!», con el deseo de hacerles sentir a esos intérpretes el agradecimiento por habernos hecho vivir una tarde como pocas; por permitirnos disfrutar de la música y emocionarnos con ella. Despacio y con el alma enamorada de la *Novena sinfonía* de Ludwig van Beethoven, emprendimos nuestro regreso a casa. ■